

RECUERDO DE CARLOS RUIZ-FUNES

AQUELLA primavera de 1927 la huerta rezumaba de jugos y de perfumes. No digáis que cada primavera es igual. No vale. Era nuestra primavera, la primavera de los dos tocayos, Carlos y Charles. Hubo baile en el teatro Romea. Hubo revista literaria con poemas y «estudios críticos». Hubo Entierro de la sardina. Todo muy bueno, todo único, como nuestro. Jorge Guillén daba clases en la Universidad. Juan Guerrero coleccionaba versos y prosas. Perico Flores pintaba majos. Garay dibujaba. Montiel dudaba entre literatura y derecho. Todo muy bueno, único, como toda Murcia en 1928.

Pero él era el mejor de todos, porque él no tenía ninguna ambición, pues le bastaban las de los amigos, cuerdas y locas, que tomaba a su cuenta. El edificaba castillos en el aire para cada uno de nosotros, y se quedaba fuera a contemplarlos, desde su malecón interior, gozando con anticipación las espléndidas moradas que nos tenía reservadas. Su virtud innata era la magnanimidad; y esa fuente clara e inagotable se hizo arroyo y luego río al pasar su vida, fecundando sus riberas y satisfaciendo la sed de cuántos se acercaban a ella. La generosidad y la nobleza manaban sin cesar de sus palabras y de sus hechos.

Ahora es otoño de 1967. Murcia rezuma tristezas y añoranzas, la que tan alegre era antaño para los tocayos. Mis miradas que se apoyaban tan confiadamente en su robusta silueta, se vuelven azoradas de su pesquisa dolorida en el gran vacío. Mis palabras no encuentran el eco atento de su voz y el gran silencio suena con oquedad espantosa. Mi corazón siente un gran frío. Carlos, el más humano de los hombres, el más fiel de los amigos, no es sino sombra.

Pero no, nos engañan los sentidos. Ese vacío no es tan inconcreto: es el molde de donde se sacan y se sacarán las almas más puras. Ese silencio, por callado que parezca, es rico de todas las armonías pasadas y por



venir en las charlas placenteras de los amigos. Y ese frío absoluto es del crisol en que, al fuego de la vida, se forman y se elevan las llamas y los fervores más luminosos de la historia.

Carlos, el Carlos que tanto he querido, era la forma que en mi tiempo, en mi Murcia, había tomado la Amistad, la misma de Palamedes y Ulises (1), la misma de Oliveros y Roldán.

Hacia el año 1618, Carlos tomó el aspecto de un estudiante de Salamanca. Lo sabemos, porque así lo dice Vicente Espinel, poeta y músico rondón, en su *Vida del escudero Marcos de Obregón* (2). Un día topó con un «varón de singular prudencia y ingenio. Preguntándole por qué camino había venido a ser tan bien quisto en su ciudad que es Murcia, respondió que haciendo placer y disimulando desagradecimientos, pero que nunca llegaron a engendrar en su pecho arrepentimientos de haber hecho el bien».

(1) Lope de Vega, *La Circe*, edición de Manuel Muñoz Cortés y Charles V. Aubrun, París, 1962.

(2) Vicente Espinel, *La vida de Marcos de Obregón*, edición de A. Valbuena Prat, Madrid, 1962 (Descanso VI).

